

EL PUEBLO

Diario del PARTIDO SINDICALISTA

Año XLVI :: Número 15.797 :: VALENCIA, MARTES 7 DE MARZO DE 1939 :: Segunda época, número 345



El Partido Sindicalista, congratulándose de los acontecimientos producidos en las últimas veinticuatro horas, que han culminado con la formación del CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA, siente la necesidad de hacer constar, con plena conciencia del deber y responsabilidad de su gesto, su completa adhesión al citado Consejo de Defensa, cuyo nacimiento y los hombres que lo componen, garantizan el enfrenamiento de la política nacional por rectas de seriedad y eficacia en provecho del honor del antifascismo y la independencia de España.

¡VIVA ESPAÑA INDEPENDIENTE! ¡VIVA LA REPÚBLICA!
¡VIVA EL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA!
El Comité Ejecutivo Nacional.

EN LA HORA ACTUAL

La buena voluntad, el honor y la paz digna

Ya dijimos ante el anuncio de un discurso del presidente del Consejo de ministros, que al conocer sus palabras hablaríamos. Lo han hecho por nosotros los ilustres españoles Besteiro, Casado, Mera y con frases que por sí solas se comentan.

Fijar nuestra posición, es tarea fácil. Desde el comienzo de la sublevación militar, desde los primeros instantes de esta guerra fratricida, el Partido Sindicalista se trazó un camino y con plena responsabilidad de sus actos, le siguió serenamente con voluntad firme y ánimo decidido.

Las palabras del excelentísimo señor presidente del Consejo Nacional de Defensa, don José Miaja, en su alocución dirigida ayer a todos los españoles, confirmaron una vez más la seguridad de no necesitar rectificaciones nuestra conducta.

A orgullo ser españoles, con un amor a nuestra patria que siempre evidenciamos, el Partido Sindicalista escucha de labios de máxima responsabilidad su propio lenguaje, el que con decisión que llegó a ser aventurada expuso desde la tribuna siempre. Ello nos valió recriminaciones, censuras, ataques, amenazas, posiciones violentas que salvamos con «la buena voluntad» a que se refiere hoy el ilustre general.

«Hombres todos de buena voluntad y de honor —ha dicho Miaja—, llevaremos la tranquilidad a los hogares españoles con la paz...»

Por esta tranquilidad expusimos cien veces la nuestra. Hoy nos cabe la satisfacción de que es unánimemente reconocido.

«Una paz digna, como lo fué la guerra», repite el general. En la memoria de las gentes perdura cuanto fué motivo de nuestras propagandas.

Hicimos la guerra con todo honor y a todo honor y con derecho como el primero, lanzamos la pregunta: ¿a dónde vamos? «Enorme delito el nuestro, pretender luchar por que se pensara en nuestra patria y en los medios para salir de la ruina en que cada vez la iba sumiendo la incompreensión, la incuria y el abandono.»

Poco faltó para que se nos motejara de traidores por esos mismos elementos que ya se ha visto cómo se comportaron en el cumplimiento de sus más sagrados deberes.

Tampoco quisimos la lucha entre partidos políticos. ¿Para qué?

La realidad al fin se impone, todo es saber esperar. Y se sabe y se puede esperar cuando se tiene la conciencia tranquila en todos los sentidos.

Por la República y por España elevamos siempre nuestra voz. Patriotas bien por cien, lo antepusimos todo al interés de la Patria, al de su libertad e independencia.

Voluntad, honor, dignidad. Toman ya el valor que a tales conceptos corresponde.

¡Animo y adelante, españoles! Una nueva aurora apunta en el horizonte. Aurora rosada que rasgará las neblinas de la noche angustiosa en que nos debatimos y sobre el dolor de España florecerá prometedor el laurel por los hechos de nuestra heroica gesta y el olivo que devolverá la calma y la tranquilidad al corazón de todas las madres españolas. Y con ello, nos basta.

LA PRENSA FRANCESA Y EL DISCURSO DE GOEBBELS

PARIS, 6. — Los periódicos comen-
taron el discurso de Goebbels.

«El Fígaro», dice que, a pesar de lo dicho por Goebbels, la verdad es que si Alemania, a pesar de sus riquezas, de su sistema «cerrado», etcétera, ve su disciplina perturbada por tantas dificultades, es porque ha gastado loca y astronómicamente y porque su rearme ha «tragado sumas fabulosas que son improductivas».

«L'Époque», declara que Goebbels ha reconocido explícitamente que la autarquía, que los oradores nazis querían presentar como un sistema ideal y como ejemplo de organización, es en realidad impuesta a Alemania por la necesidad y que Alemania quiere salir de ella.

«L'Ordre», dice: «O nos engañamos mucho o el discurso es una invitación a Inglaterra. En Berlín se mueven muy inquietos no sólo por el rearme inglés, sino también por la ofensiva económica que se prepara en Londres. Sin embargo, y desgraciadamente para Alemania, es poco probable que Inglaterra eche en el anzuelo».

Refiriéndose a la situación internacional, dice «Le Journal»: «Si miramos más allá del Rhin o de los Alpes, vemos anexiones, reivindicaciones y descarados deseos de conquista. ¿Qué acuerdo regula el nuevo derecho que se formula en términos de la Edad de Piedra? ¿Quiero esta tierra porque me conviene? ¿Cómo va a aceptar la Humanidad un precedente en nombre del cual la lista

de conquistas no se cerraría nunca y la seguridad no estaría garantizada? El mundo sucumbe bajo el peso de las armas. Los responsables son los que se armaron para arrancar con amenazas las tierras que ellos deseaban y que obligan a los demás a armarse para defenderse».

«El Fígaro», publica el siguiente despacho de Londres: «De razones dan a los ingleses la impresión de que las grandes potencias son capaces ya de asumir sus propias responsabilidades. Una de estas razones es el rearme inglés, que entra ahora en la fase de producción intensa».

«La Justicia», publica: «La política exterior del fascismo ha llevado a Italia a un callejón sin salida. Italia está en un aprieto. Va a tratar de salir. La política francoproletaria no debe aprovechar la dificultad en que se encuentra Italia para humillarla, sino para llevarla al espíritu de colaboración».

«Tal vez —terminó diciendo— el Consejo se reuna nuevamente esta tarde».

Se ha sabido que en su reunión el Gobierno trató del asunto Martens y de la discrepancia financiera entre la derecha católica y los socialistas.

Se sigue creyendo que el Parlamento será disuelto.

Sobre la crisis belga

BRUSELAS, 6. — El Gobierno ha estado reunido hasta la una de la madrugada.

El señor Pierlot declaró que habían buscado de resolver las dificultades y que se habían creado dos comités restringidos, que proseguirán hoy por la mañana sus deliberaciones.

—Tal vez —terminó diciendo— el Consejo se reuna nuevamente esta tarde».

Se ha sabido que en su reunión el Gobierno trató del asunto Martens y de la discrepancia financiera entre la derecha católica y los socialistas.

Se sigue creyendo que el Parlamento será disuelto.

La cuestión de Palestina

JERUSALEN, 6. — La emisora clandestina judía, lanzó anoche un llamamiento en el que los autores que firman Organización Militar Nacional de Palestina declaran aceptar todas las responsabilidades de todos los actos de terrorismo cometidos la semana pasada y pidiendo que la población judía se sume a ellos para evitar toda solución del problema palestino que no esté de acuerdo con las aspiraciones del pueblo de Israel.

El llamamiento termina diciendo: «En esta lucha, consideremos puros todos los medios y buenos todos los métodos».

La policía ha dictado una orden prohibiendo que se escuchasen estas emisiones.

Por la salvación de España

En viril reacción contra desaciertos, se constituye en Madrid el Consejo Nacional de Defensa

MANIFIESTO AL PAIS DEL CONSEJO NACIONAL

El domingo, se constituyó en Madrid el Consejo Nacional de Defensa, que se hace cargo de la situación general de la zona abandonada a su suerte por el Gobierno que presidía el Dr. Negrín.

El Consejo Nacional de Defensa, inició anoche sus actividades, dirigiendo al país el siguiente Manifiesto:

¡Trabajadores españoles! ¡Pueblo antifascista!

Ha llegado el momento en que es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como antifascistas, no podíamos continuar por más tiempo aceptando pasivamente la imprevisión, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestras el Gobierno del doctor Negrín. La misma trascendencia del momento que atravesamos el carácter definitivo de aquellos que se aproximan, hace que no pueda continuar ni un momento más el silencio y la incertidumbre, origen del más grande desmoronamiento que se deriva de la conducta social de ese puñado de hombres que todavía continúan aplicándose la denominación de Gobierno, pero en los que nadie cree y en los que nadie confía.

Han pasado muchas semanas desde que se liquidó con una deserción general la guerra de Cataluña. Todas las promesas que se hicieron al pueblo en los más solemnes momentos, fueron olvidadas; todos los deberes, desconocidos; todos los compromisos, delictuosamente pisoteados. En tanto que el pueblo en armas sacrificaba en el ara sangrienta de las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, los hombres que se habían constituido en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzosa y vergonzante el camino para salvar su vida, aunque fuera a costa de su dignidad.

Esto es lo que no puede repetirse en el resto de la España antifascista. No puede tolerarse que en tanto que se exige del pueblo una resistencia encarnizada, se hagan preparativos de una cómoda y lucrativa fuga. No puede permitirse que en tanto el pueblo lucha, combate y muere, unos cuantos privilegiados superen su vida en el extranjero.

Para impedir esto, para borrar tanta vergüenza, para evitar que se produzca la deserción en los momentos más intensamente graves, es por lo que se constituye el Consejo Nacional de Defensa, y hoy, con plena responsabilidad de la trascendencia de la misión que nos imponemos, con absoluta seguridad en la lealtad de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro, en nombre del Consejo Nacional de Defensa, que recoge sus poderes del arroyo adonde los arrojara el Gobierno del Doctor Negrín, nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los antifascistas y a todos los españoles, para poniéndolos al frente de los deberes que a todos incumben, darles la garantía plena de que nadie, absolutamente nadie, podrá rehuir el cumplimiento de esos deberes y esquivar en una última pirueta arriqueñesca la responsabilidad que le incumbe por sus palabras y por sus promesas.

Constitucionalmente, el Gobierno del doctor Negrín carecía de toda base jurídica en la cual apoyar su mandato; realmente carecía también de la tranquilidad y del aplomo, de la decisión de sacrificio que es exigible a todos los que de una u otra manera pretenden ponerse al frente de los destinos de un pueblo tan heroico y abnegado como el pueblo español.

En estas condiciones, le faltó autoridad al doctor Negrín y a sus ministros para mantenerse en el Poder. Y afirmamos nuestra propia autoridad de auténticos, genuinos defensores del pueblo español; de hombres que están dispuestos, dando como garantía su propia vida, a que el destino de uno sea el de todos, y el que nadie escape al cumplimiento de los sagrados deberes que a todos incumben por igual.

No venimos a hacer frases, no venimos a jugar al heroísmo; venimos a señalar el camino que puede evitar el desastre y a marchar, junto con el resto de los españoles, por ese camino, con todas sus consecuencias.

Aseguramos que no desertaremos ni toleraremos la deserción; aseguramos que no saldrá de España ninguno de los hombres que en España deben estar, hasta tanto que por libre determinación salgan de ella todos los que de ella quieren salir.

Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio y en la vergüenza. Para esto pedimos el concurso de todos los españoles, y para esto damos también a todos la seguridad de que nadie, absolutamente nadie, escapará al cumplimiento de los deberes que le corresponden. «O nos salvamos todos, o nos hundimos» —dijo el doctor Negrín—. Y el Consejo Nacional de Defensa se impone como primera y última, como única tarea, convertir en realidad esas palabras. Para ello recabamos vuestro auxilio; para ello exigimos vuestra colaboración y nos mostraremos inexorables con los que hurtan el pecho al cumplimiento del deber.

Lista del Consejo Nacional de Defensa

Madrid, 6.-En las primeras horas de la noche, ha quedado constituido definitivamente el Consejo Nacional de Defensa, en la siguiente forma:

Presidente.--Excmo. Sr. General Miaja

Estado.--Excmo. Sr. D. Julián Besteiro

Defensa.--Coronel don Segismundo Casado

Gobernación.--D. Wenceslao Carrillo

Justicia y Propaganda.--D. Miguel San Andrés

Comunicaciones y Obras Públicas.--D. Eduardo Val

Hacienda y Economía.--D. José González Marín

Instrucción pública y Sanidad.--D. José del Río

Ayuntamiento de Madrid

TRAS LA LECTURA DEL MANIFIESTO HABLARON POR RADIO

Don Julián Besteiro

¡Ciudadanos españoles! Después de un largo y penoso silencio, hoy me veo obligado a dirigiros la palabra por un imperativo de la conciencia desde un micrófono de Madrid.

Ha llegado el momento ya de irrumpir con la verdad y rasgar las redes de falsedades en que estamos envueltos. Es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de la salvación de la masa inocente e irresponsable.

¿Cuál es la realidad de la vida actual de la República? En parte lo sabéis. En parte lo sospecháis o lo presentís. Tal vez muchos, en parte al menos, lo ignoran.

Hoy esa verdad, por amarga que sea, no basta reconocerla, sino que es preciso proclamarla en alta voz para evitar mayores males y dar a la actuación pública urgente toda la abnegación y todo el valor que exigen las circunstancias.

La verdad es, conciudadanos, que después de la batalla del Ebro los ejércitos nacionalistas han ocupado totalmente Cataluña, y el Gobierno republicano ha andado errante durante largo tiempo en territorio francés. La verdad es que cuando los ministros de la República se han decidido a retornar a territorio español carecen de toda base legal y de todo el prestigio moral necesario para solucionar el grave problema que se presenta ante ellos.

Por la ausencia y, más aún, por la renuncia del Presidente de la República, ésta se encuentra decapitada. Constitucionalmente, el presidente del Congreso no puede sustituir al Presidente dimisionario más que con la obligación estricta de convocar a elecciones presidenciales en el plazo improrrogable de ocho días. Como el cumplimiento de este precepto constitucional es imposible en las actuales circunstancias, el Gobierno del señor Negrín, alto de la asistencia presidencial y de la asistencia de la Cámara, a la cual sería vano intentar dar una apariencia de vida, carecía de toda legitimidad y no pudo ostentar título alguno al respecto y al reconocimiento de los republicanos.

¿Quiere decir esto que en el territorio de la República exista un estado de desorden? No. El Gobierno del señor Negrín, cuando aún podía considerarse investido de legalidad, declaró el estado de guerra, y hoy, al desmoronarse las altas jerarquías republicanas, el Ejército de la República existe con autoridad indiscutible, y la necesidad del encadenamiento de los hechos ha puesto en sus manos la solución de un problema gravísimo de naturaleza esencialmente militar.

¿Quiere decir esto que el Ejército de la República se encuentra desasistido de la opinión civil? En modo alguno. Aquí, en torno mío, en este mismo locutorio, se halla una representación de Izquierda Republicana, otra del Partido Socialista, otra de la U. G. T. y otra del Movimiento Libertario. Todos estos representantes, juntamente conmigo, estamos dispuestos a prestar al poder legítimo del Ejército Republicano la asistencia necesaria en estas horas solemnes.

El Gobierno del señor Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias y con sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que se ha perdido para el interés de la masa ciudadana combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no podía tener otra finalidad que alimentar la moribunda creencia de que la complicación de la vida internacional desencadenara una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían masas proletarias de muchas naciones del mundo.

De esta política de fanatismo catastrófico, de esta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa hacia el dolor de la Nación, está sobrecargada ya la opinión republicana. Yo os hablo desde este Madrid que ha sabido sufrir y sabe sufrir con emoción, da dignidad su martirio; yo os hablo desde este «dromedario» de todas las Españas, que dijo el poeta inmortal que hemos perdido, tal vez abandonado en tierras extrañas. Yo os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, si llega su fin, anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y de vilipendios. Yo os pido, poniendo en esta petición todo el énfasis de la propia responsabilidad, que en este momento grave asistáis, como nosotros los asistimos, al Poder legítimo de la República, que, transitoriamente, no es otro que el Poder militar.

Discurso del coronel Casado

¡Españoles de allende las trincheras! Una vez más me dirijo a vosotros desde Madrid, quicio de la guerra, capital de la Patria y espejo de las virtudes españolas, fijándome poco en los extravíos y las ambiciones que nos separan, pero mucho en el dolor que por igual sufrimos, y en el amor que no quiero suponer extinguido en vosotros a este solar nativo que desde hace 31 meses estamos cubriendo de ruinas y de sangre.

Soy lo que siempre fui y estoy donde siempre estuve: militar que jamás intentó mandar a su pueblo, sino servirle en toda ocasión, porque entiendo que la milicia no es cerebro de la vida pública, sino brazo nacional. Quien os habla juró lealtad a una bandera y leal a ella sigue. Tenía la obligación de luchar por la libertad y la independencia de su pueblo, y en defenderlas está su mayor orgullo.

Desde el infante día en que estalló la guerra, yo, como todos los militares no sublevados contra el régimen que España se dio pacífica y legalmente, ni he tenido que hacer abjuración alguna, ni he necesitado renovar promesa de lealtad. Me he limitado a cumplir mi obligación. Y sin más título que éste, el deber cumplido, me dirijo a vosotros, compatriotas, con el dolor de España en el corazón, y su nombre limpio en los labios, para advertiros que el pueblo ha tenido conciencia y gallardía suficientes para buscar, en medio de los horrores de la guerra, el camino de la paz mediante la consolidación en la independencia y en la libertad. Estos dos motivos esenciales de la guerra defensiva que sostiene la República son los crímenes en que se funden los anhelos populares del lado de acá de las trincheras, y así den los hemos proclamado tantas veces como fuera de menester, y de modo rotundo y decisivo en la ocasión presente. No luchamos por nada ajeno a nuestra voluntad y a nuestro interés de españoles; queremos una patria exenta de toda tutela extranjera, libre de toda sujeción a las ambiciones imperiales que van a devastar otra vez Europa, y capaz de regirse internamente con nuestra libertad. No hay margen para otra política que la identificación absoluta con este sentimiento supremo que defiende a España no invadida, mientras llega el momento de la independencia en la seguridad y en la libertad. Altas palabras que tienen hoy, por mandato supremo, todos los partidos y todas las organizaciones obreras de esta zona; altas palabras, compatriotas, que también a vosotros van dirigidas y que, se quiera o no se quiera, os han de obligar, tanto en conciencia como a los españoles de acá y de allá de los frentes. Asimismo no nos afecta únicamente a nosotros, sino que a vosotros también os atañen en la misma me-

Ayuntamiento de Madrid